

Antón M. PAZOS, *El clero navarro 1900-1936. Origen social, procedencia geográfica y formación sacerdotal*, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona 1990, 508 pp., 15,5 x 22, 5.

El autor, profesor en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, estudia desde hace años la vida eclesíastica de la época contemporánea. Su primer trabajo trató sobre «Aspectos de la formación del clero navarro a través de la bibliografía del Boletín Oficial Eclesiástico (1900-1930)». Por razones académicas, formé parte del tribunal que juzgó tal trabajo, presentado como tesis de Licenciatura y he de reconocer que me sorprendió el tema escogido y más todavía el desarrollo. A primera vista parecía que la bibliografía del Boletín, siempre muy limitada y ocasional, no daría de sí para una tesis de licenciatura y que en todo caso el resultado sería ilegible, algo que se caería de las manos por pesado e insulso.

La realidad fue muy otra. La tesina demostró palmariamente que había materia sobrada. Y el licenciado manejó la pluma con tal soltura que su trabajo se leía con agrado e interés.

Ya entonces se vió claro que el joven investigador se sentía atraído por campos poco cultivados, pero capaces de influir en la renovación histórica eclesíastica y que dominaba a la perfección la bibliografía y los métodos de la historia social religiosa. Bastaba que los aplicase, como lo ejecutó al año siguiente con su tesis doctoral titulada «Origen y formación de clero navarro». La sugestiva y densa monografía fue completada y perfeccionada en años posteriores, hasta convertirse en el libro que comentamos ahora. Consta de quince capítulos, distribuidos en tres partes. La primera es una presentación de la diócesis. La segunda un estudio sociológico de las vocaciones del clero secular navarro. La tercera estudia la vida de los seminaristas desde todos los puntos de vista, desde el académico al espiritual.

El autor se basa en tres bloques de fuentes: los expedientes de ordenes, la documentación escolar conservada en el Seminario Diocesano y los documentos eclesíásticos y literarios: libros de ordenaciones, guías de per-

sonal de la diócesis, datos estadísticos diseminados en publicaciones como el Boletín de la diócesis o en el Anuario eclesiástico Subirana, correspondencias privadas, memorias y recuerdos, crónicas, artículos de periódicos y revistas, iconografía, testimonios orales sobre ambientes en las preceptorías, vida diaria en el Seminario y repercusiones en los seminaristas de los conflictos curiales o políticos, conferencias y otros escritos del rector Elcano, etc.

Con muy buen acuerdo comienza por analizar el marco geográfico y económico del fenómeno vocacional. En una diócesis de límites cambiantes, como es la navarra, hay un territorio permanente que constituye el núcleo esencial del obispado. Se trata de un territorio poco poblado en el que coexiste una baja tasa de natalidad relativa con familias muy numerosas. La población permanece casi estacionaria en los primeros decenios a causa de la emigración.

La mayoría de los habitantes se dedica al cultivo del campo o a la ganadería. La agricultura, de tinte tradicional, está en proceso de renovación y recuperación tras la epidemia de filoxera que arrasó las viñas a finales del XIX. En la Montaña domina la mediana propiedad. En la Ribera coexiste la pequeña y la gran propiedad. La Zona Media presenta un carácter mixto.

Desde finales del XIX empresarios audaces montan en la Ribera y en la Zona Media empresas agrícolas: azucareras, papeleras, harineras, conserveras, etc. En la Montaña se crean núcleos industriales de cierta importancia, concretamente en Vera de Bidasoa (Altos Hornos), Alsasua (Fundiciones y construcciones metálicas, ortopedia, tejerías y cultivos) y Olazagutía (Cementos). Pero las pequeñas industrias artesanales, esparcidas en todo el mapa navarro absorben la mayor parte de la mano de obra. Sin embargo, Navarra continuó siendo un país eminentemente agrícola, con un paulatino retroceso de la ganadería.

En él coexisten, no uno, sino dos mundos humanos bien diferenciados: la Montaña, euskalduna, y la Ribera, romance, «aunque conviene tener a la vista el carácter —al menos en lo religioso— excepcionalmente uniforme de la diócesis: un cumplimiento dominical y pascual elevadísimo», casi habría que decir impensable a comienzos del siglo, que sorprendentemente «va parejo a una alta práctica de la comunión frecuente, especialmente en las ciudades».

El Estado liberal, como el Antiguo Régimen, mostró escasa sensibilidad hacia el bilingüismo navarro y aún trató de sofocar el uso del vascuence. Pero si antes este hecho era comentado *sotto voce* en pequeños círculos, ahora provoca airadas protestas en voz alta.

El clero se halla identificado con el pueblo e influye mucho en él. Navarra hace un notable esfuerzo de alfabetización, pasando de un casi 78% de alfabetos varones en 1900 a un 90% en 1930. La instrucción se reduce a la elemental. Frente a los casi 40.000 alumnos matriculados en la enseñanza primaria encontramos únicamente 423 estudiantes de bachillerato en toda la provincia y 31 alumnos en el magisterio. Los centros de estudios superiores, creados en el siglo XIX, se hundieron rápidamente, sin que se pusiera en marcha la gran Universidad navarra. El Seminario Conciliar se puede considerar como el primera centro docente de la provincia. Su matrícula supera a la del Instituto. En 1900 el Seminario tenía 471 alumnos oficiales, sin contar las preceptorías. De ellos 281 eran estudiantes de Humanidades y Filosofía. Ese mismo curso el Instituto de Pamplona contaba con 162 alumnos.

Las cifras de seminaristas sufren constantes alteraciones a lo largo de los 36 primeros años del siglo XX. A grandes rasgos se observa una progresiva baja en la Restauración, un aumento en la Dictadura y una brusca caída en la segunda República, como un reflejo de las tensiones intraeclesiales y de la evolución política. Paralelamente, las listas de sacerdotes de la diócesis se van reduciendo a pequeña escala a medida que avanza el siglo, lo cual no significa escasez de clero. La tasa de ordenaciones se mantiene altísima, por delante de cualquier diócesis francesa o suiza, con las que el A. establece comparaciones.

A continuación el Dr. Pazos intenta delimitar el alcance de la crisis del Seminario en los comienzos de la centuria, sus causas y los remedios que se aplicaron. Analiza sagazmente la influencia de la familia, de la escuela y de la parroquia en las vocaciones. Dedicar varios apartados, muy nuevos en nuestra historiografía al estudio sociológico del clero: estudia el origen geográfico de los ordenadores, señalando los arciprestazgos fecundos y los estériles; su procedencia social; la fecundidad vocacional por grupos profesionales y el nivel económico familiar. No sólo se desmenuzan los datos cuantitativos navarros, sino que se conectan con otros similares de España y de otros países.

Si la segunda parte es la más innovadora desde un punto de vista metodológico, la tercera resulta, sin duda, la más espiritual del clero. Comienza por examinar los edificios ocupados por los seminaristas, los grupos en que estos estaban clasificados y separados: internos, externos, pasantes y fámulos. Destaca la tendencia a aislar el Seminario del mundo convirtiéndolo en una especie de invernadero, aunque el aislamiento no era tan cerrado como cabría deducir de la letra de los reglamentos.

Considera el profesorado como de alta calificación académica. Pasa revista tanto al equipo profesoral del rector don Dámaso Legaz como al que se sucedió. Al final del período estudiado había algunos profesores malísimos. El capítulo XII, Rectores y etapas del Seminario, y el XV, Los conflictos, son los que despiertan la máxima curiosidad por tratarse de acontecimientos que turbaron todos la diócesis, cuyo recuerdo aún permanece vivo.

Tales son, a grandes pinceladas, algunos de los numerosos temas que se abordan con serenidad y rica documentación en esta brillante obra. El autor, que ha expuesto en varios congresos internacionales algunas de las características históricas de la diócesis iruñesa, ofrece ahora a la comunidad científica y especialmente al público culto de Navarra un pedazo de la historia contemporánea de la Iglesia en nuestra provincia que, a no dudarlo, ha de ser leído con gran avidez.

J. GOÑI GAZTAMBIDE

Jacqueline HAMESSE et Colette MURILLE-SAMARAN (éds.), *Le travail au Moyen Age. Une approche interdisciplinaire. Actes du Colloque International de Louvain-la Neuve 21-23 mai 1987*, «Publications de l'Institut d'Etudes Médiévales», 10 Louvain-la-Neuve, 1990, 440 pp., 17 x 24,5.

Con ocasión del 20 aniversario de su fundación, el «Institut d'Etudes Médiévales» de la Universidad Católica de Lovaina (Louvain-la-Neuve) organizó un coloquio internacional sobre el trabajo en la Edad Media. Este denso volumen, que ahora reseñamos publica las actas de dicho coloquio. Reune, además, algunas otras conferencias que fueron expuestas durante el mismo año académico, en preparación del congreso.

El tema elegido es muy amplio, lo que ha permitido la participación de muy diversos especialistas en historia medieval. A pesar de la indudable aportación que representa este trabajo conjunto, como señalaba Jacques Le Goff de la «École pratique des Hautes Études en Sciences Sociales» en el discurso de clausura del coloquio, el tema no está cerrado y quedan todavía muchas cuestiones por explorar.

La cuestión del trabajo es abordada desde muy distintos puntos de vista. Para la teología, la filosofía y el derecho canónico destacamos las intervenciones de Philippe Delhaye (U.C.L.) sobre algunos aspectos de la doctrina tomista y neotomista del trabajo y de Gérard Fransen (U.C.L.)